

## **Psicoanálisis aplicado y exención de la literatura: Cuestión de método**

Applied Psychoanalysis and the Exemption of Literature: A Matter of Method

**Sergio Witto**

Universidad Andrés Bello

La posibilidad de entender la literatura como un conector de la estructura científica del psicoanálisis. Esta es la hipótesis general que fuerza nuestra lectura de la obra freudiana. Precedida por un intento metodológico referido al "retorno" (Jean-Luc Nancy), dicha hipótesis se abre paso —ya en las primeras páginas del texto— aludiendo al trabajo de construcción indicial de la historia que obra en el psicoanálisis. No obstante, a expensas de la <Sociedad de los Miércoles>, se hilvana un doble vínculo disciplinario, aquel que reduce los elementos constitutivos de lo sabido al dominio de lo inconsciente y aquel que de manera menos sistemática va al encuentro de vestigios susceptibles de reformular, ocasionalmente, la práctica psicoanalítica.

**Palabras clave:** Psicoanálisis aplicado, indicio, exención.

The general hypothesis that forces our reading of Freud's work is the possibility to understand literature as a link in the scientific structure of psychoanalysis. Preceded by a methodological attempt that referred to the "return" (Jean-Luc Nancy), this hypothesis makes its way —already in the first pages of the text— by referring to the indexical construction of the history that operates in psychoanalysis. Nevertheless, by means of the "Psychological Wednesday Society", a double disciplinary link is put together: one that reduces the constituent elements of what is known to the realm of the unconscious, and another that sets out to encounter susceptible traces to (occasionally) reformulate the psychoanalytic practice in a less systemic manner.

**Keywords:** Applied psychoanalysis, index, exemption.

## 1. Excurso sobre el retorno

Sabemos por Jean-Luc Nancy que “el esquema del retorno” (12) hace parte de la crisis representacional del sentido. Dígase de la esclerosis que acosa la idea normativa del mundo arcaico, del clasicismo griego, de la doctrina cristiana y de la modernidad misma. En buenas cuentas, “veintiocho siglos de Occidente parecen escandidos por la repetición periódica de la crisis” (12). Tal estado de cosas es tributario de un esquema simple: la pérdida del sentido –y el vigor de su resurgimiento– se explicaría en tanto que la crisis se vuelve autoinmune frente a la acometida de la extenuación. Todo opera como si la lógica del retorno hiciera caso omiso de los esfuerzos reflexivos –de la dialéctica hasta la deconstrucción. En último análisis, la crisis deviene superficial y el retorno constituye la vuelta de lo mismo. El de Lacan –como veremos– “es un gesto subversivo que da por tierra con cualquier versión religiosa que quisiese hacerse del retorno a Freud” (Braunstein 33). La tarea no consiste, entonces, en superar a Freud. Como ley general, dicho entendimiento resulta pertinente al momento de construir nuestra hipótesis de trabajo referida a la relación que entabla el psicoanálisis aplicado con la literatura –aun cuando cierta institucionalidad psicoanalítica sustraiga del texto freudiano cualquier intento de mediación suponiendo la identidad entre autor e intérprete–.

## 2. Hipótesis, aplicabilidad y exención

El lugar que ocupa la literatura en la obra de Freud no se explica, sin embargo, invocando un reajuste fortuito o un despliegue disciplinario. Dicho emplazamiento no es espontáneo. Obedece a un cálculo forzado, la mayoría de las veces, a una necesidad formal. Nada autoriza a afirmar, por tanto, que el psicoanálisis establece un vínculo estrecho con la literatura o que, a la inversa, la literatura interroga el psicoanálisis para la creación de figuras y estrategias narrativas, si no es para describir un movimiento soterrado y más ambicioso: bajo el expediente freudiano la ficción literaria habrá de *retornar*, una y otra vez, al ámbito de la ciencia. A expensas del psicoanálisis, contrariamente a la objetividad que demanda el espíritu científico, la literatura, toda ella, se apresta a efectuar un giro hacia la retórica. En último término, el psicoanálisis precipitará el sentido figurativo que alberga la literatura. Esto es especialmente sensible tratándose de la novela. El asunto suele reducirse a un experimento asimétrico: si el psicoanálisis convoca el material (literario) y las leyes específicas de su producción a fin de cumplir con el estatuto empírico de la ciencia, a la literatura parece imponérsele una torsión discursiva, mediante la que sus contenidos se disocian de lo *real* y devienen ficciones. Forzamiento y exención son conceptos claves para entender este fenómeno. Dicha tarea se consuma a partir de 1902 con la emergencia del *psicoanálisis aplicado* y constituye nuestra hipótesis de trabajo.

“Psicoanálisis aplicado y exención de la literatura” en su fase vigente<sup>1</sup> parte de un criterio compartido por estudiosos y comentaristas, según el

---

<sup>1</sup> Me ha sido posible desembarazarme, al abrigo de la duda, de la idea de *destrucción* emplazada por cierta filosofía al momento de pensar el vínculo con las así llamadas

cual, Freud retorna a la literatura, en rigor, a un cierto corpus determinado de obras a fin de corroborar su descubrimiento de lo inconsciente. A partir de la iniciativa freudiana se publica un sinnúmero de ensayos, la mayoría de ellos orientados al diagnóstico del autor.

El *psicoanálisis aplicado* constituye un punto de inflexión en el primer círculo freudiano. Al menos en tres sentidos: demanda una estructura comunitaria y una madurez editorial que se abrirán paso progresivamente hasta el ascenso del nacionalsocialismo; esgrime, además, una afinidad con la ciencia. Esto último resulta irrevocable al momento de examinar la consistencia disciplinaria del psicoanálisis y los efectos de legitimidad o reconocimiento añadidos. Se trata, en primer término, de la divisa que dirime su estatuto científico entre presupuestos epistemológicos y criterios de aplicabilidad como segmentos diferenciados. Dicho reparto haría parte del ideal suscrito por Freud si tenemos en cuenta su formación académica preliminar.

No obstante, a la espera de un trabajo que capitalizará la revista *Imago* en el transcurso de 1912, el registro historiográfico de las "Monografías sobre psicoanálisis aplicado" muestra el descentramiento de la teoría orientada por el protocolo científico. Esta habrá de extenderse hacia campos de saber no previstos originalmente. Es sabido que Freud no claudicará ante la posibilidad de atraer distintos saberes al núcleo fundacional de su doctrina, ni de medirse con las exigencias especulativas de la época. Su interés responde a la estructura bífida de la ciencia moderna en tanto matematización de lo empírico y vínculo con la técnica. Así, habiendo trascendido su economía restringida, la *metapsicología* freudiana se convierte en referencia y reclama una voluntad asociativa cuyo primer esbozo se traza en la "Sociedad psicológica de los miércoles". Convocada por Freud en 1902, junto a Alfred Adler, Wilhelm Stekel, Rudolf Reitler y Max Kahane, instala, en los hechos, el primer dispositivo histórico del psicoanálisis. Sesiona durante cinco años obedeciendo al calendario académico y da lugar a la "Sociedad Psicoanalítica de Viena", la que a su vez establecerá los principios rectores de la "Asociación Psicoanalítica Internacional" a partir de 1910.

Según consignan sus actas –redactadas por Otto Rank y establecidas por Paul Federn y Hermann Nunberg en 1962–, la "Sociedad psicológica de los miércoles" sienta las bases para una colección de ensayos bajo el expediente de la aplicabilidad. Comporta una iniciativa destinada a satisfacer el interés creciente del público en general. Dos parecen ser las razones que mueven a Freud: ampliar las fronteras del psicoanálisis en atención a otras disciplinas y brindarle a sus hallazgos un estatuto epistemológico plausible. Ambos propósitos incidirán en el porvenir hilvanado por la primera comunidad psicoanalítica. *El delirio y los sueños en la "Gradiva"* de W. Jensen

---

referencias no metafísicas o lingüísticas del psicoanálisis. En esa dirección, ya veterana, la imagen dialéctica del aeroplano de Benjamin me persuadía para pensar la destrucción como objeto histórico de la herencia freudiana. Vacilaba, frente a Lem, para quien "el truco de la eliminación es el reflejo defensivo de cualquier experto" (Sebald 13). Algo así, remotamente, intuía, le ha podido suceder a la literatura bajo la lectura atenta de Sigmund Freud. A contracorriente, mi propósito pasó a llamarse "Psicoanálisis aplicado y exención de la literatura".

(Freud 1-120) inaugura la colección, sin embargo, es necesario reparar en el prólogo a cargo de Freud como aparece en la *Standard Edition* (omitida en las *Gesammelte Werke*). En términos sumarios, las "Monografías sobre psicoanálisis aplicado", *i*) están destinadas a un público vasto, esto es, sin estudios filosóficos ni médicos pero a condición de mostrar aprecio por la ciencia empeñada en la existencia humana; *ii*) las obras publicadas serán la prueba de cómo la aplicación del saber psicológico se cierne sobre cuestiones de arte, literatura, historia de las civilizaciones y las religiones; *iii*) cada volumen deberá recabar un estilo singular de acuerdo con un enfoque especulativo o una investigación precisa, sin dejarse persuadir por la reseña o el mero elenco de datos; *iv*) cada autor será responsable de su texto; *v*) la colección ha de regirse por una vocación pluralista al momento de incorporar distintas perspectivas y principios científicos de actualidad.

*La interpretación de los sueños*, señala en pocas líneas la aplicabilidad del psicoanálisis a la obra literaria (Freud, *La interpretación*). El preámbulo del argumento ya despuntaba en su correspondencia con Fliess y estará a la orden del día en el debate interno propiciado por la "Sociedad psicológica de los miércoles". *i*) Una cierta metodología histórica, entonces, se nos impone desde el inicio. El análisis histórico no acuerda, sin embargo, un trato indiferenciado que se remita al recorte de una definición estamental como si se tratase de un asunto localizado. Resulta inoportuno referirse a su trama con independencia de las representaciones o en asentimiento a un discurso específico que la traduce. Dicha cautela cobra sentido al inquirir sobre el rendimiento psicoanalítico de los textos literarios. Ninguna ficción puede sobrevivir sin antecedentes. Parece obvio que una tarea de esta envergadura solo puede realizarse en la medida en que se habilite, sumariamente, la superficie de inscripción de una crisis específica. Todo parece indicar que el registro semiótico mantiene una distancia con el presente y corre el riesgo de importar, por dentro del enunciado, su diferendo con la historia. El inventario de todo aquello que ha podido quedar rezagado en el montaje del texto inaugura la posibilidad de una práctica que viene de participar, desde el inicio, en esa metamorfosis irregular. Nuestra investigación asoma de una economía-política como si esta, con vida propia o a la distancia, acuñara el curso de las palabras. Así, el depositario de esta responsabilidad no refrendaría ninguna alianza salvo el contraste con que se construyen, paso a paso, sus divisiones. Ya no es legítimo proceder por asimilación, los conceptos han sido favorecidos mucho antes de reunirse en un texto, estos parecen abrirse camino a fuerza de machete aunque sin declarar, todas las veces, su elenco de referencias. El problema de la ficción es un problema de distribución de lugares (Rancière, *El reparto*). Esta parece ser la ley que esgrime el archivo. El archivo ejerce, de hecho y de derecho, un poder de consignación (Derrida, *Mal de archivo*).

Hace casi medio siglo, Roland Barthes publicaba en *Cahiers Média*, "Una problemática del sentido". Se trata de una aproximación lingüística al sentido cuya tercera forma estaría precedida por un régimen de asemia, "es decir, de ausencia de sentido o, mejor, de exención del sentido" (50-51). Para Barthes, la exención es un estado infinitamente más difícil de realizar que el absurdo, "es una especie de vacío del sentido, o mejor, es el sentido experimentado y leído como vacío" (51). Lo encontramos en los lenguajes formalizados,

especialmente los de las matemáticas o la lógica. Están constituidos por puras relaciones, pero en esas relaciones no hay ninguna plenitud de sentido insertada. Este vacío, este lenguaje vacío de los sistemas formalizados, sería como una lengua que existe solamente por su sintaxis y no por su léxico.

A continuación, Barthes va a situar el problema del sentido en tres niveles, teniendo en cuenta su régimen de legibilidad (esto es, del reparto cuestionado por la vanguardia literaria: habría textos que no representan un carácter de interpretabilidad. Lautréamont sería un ejemplo de discurso no interpretable y que nos granjearía la posibilidad de un discurso en cierto modo ilegible. Es una experiencia de asemia o de búsqueda de un discurso que estaría, por así decirlo, deshipotecado del sentido o, en cualquier caso, del antiguo régimen de sentido). Barthes distingue los niveles *i*) psicológico (Lacan: metáfora paterna); *ii*) metafísico (Derrida: diferencia y *iii*) político (*vale por*, metáfora, leyes de consumo, moda). *Contra* Freud y quizás a favor de la tesis que defiende, Barthes insiste en que toda formalización es una moda. La formalización, las ganas de situar el discurso de las ciencias humanas bajo fianza del algoritmo, de la fórmula matemática, es una tentación general que no es justa. Intenta que una lengua exista por su léxico –por cierta impureza– por la polisemia que todo léxico –introducido en una sintaxis– representa.

### 3. Cuestión de método: indicios y totalidad

Nuestro propósito tropieza con la *heteronomía* que el psicoanálisis les reconoce a los textos. Enfrenta, por tanto, una serie de prácticas expresivas que pueden ser evaluadas como apremio a la escritura. Dicha hostilidad ha recurrido, tradicionalmente, al desdoblamiento de especies contrarias que pueblan un género literario. La ficción obedecería a una ley que se asocia a la inteligibilidad del texto en tanto peripecia que brinda un verosímil ajustado a criterios psicoanalíticos. Pero deberán conjugarse, con el correr del tiempo, dos tendencias tradicionalmente enfrentadas. Por una parte, aquella vinculada con una institucionalidad que estima los textos convocados como meras referencias y cuyo estatuto no traspasa los deslindes de un producto ficcional; por la otra, el límite disciplinario como prerrogativa de un saber que distribuye las jerarquías. Nuestro proyecto trabaja, *i*) Sobre el carácter disponible que exhibe –para el psicoanálisis– la ficción literaria. De allí que pueda participar del criterio de aplicabilidad definido por la ciencia. Será la ciencia analítica la que provoque un régimen de variabilidad al ofrecer parte de su despliegue al trazo marcado por la literatura. A ello se compromete, puntualmente, parte de la obra freudiana. *ii*) Se auxilia, a partir de una lectura comparada, con trabajos enciclopédicos de la terminología psicoanalítica. Integra un índice no finalizado referido a la coyuntura original del psicoanálisis. La indicialidad hace parte de la semiótica acuñada por Pierce hacia 1940 (Lyons, *Semántica*), pero es Ginzburg quien –recurriendo a fuentes tan dispares como la medicina pitagórica, la filología y las prácticas adivinatorias– se consagra al examen de disciplinas indiciales que califica de “eminente cualitativas, que tienen por objeto casos, situaciones y documentos individuales” (146). En oposición al método experimental de raigambre galileica que se vio refrendado, en Occidente, por la invención de la imprenta moderna y que da lugar a la crítica de los textos, el concepto

índice no deja de resultar pertinente tratándose de un método psicoanalítico propiamente tal. Derrida se pregunta si es preciso aplicar al archivo freudiano, y al psicoanalítico en general, “esquemas de lectura, de interpretación, de clasificación, recibidos y reflejados a partir de ese *corpus* cuya unidad se presupone así de este modo” (44). O caso contrario, si existe el derecho a tratar tal archivo “según una lógica o un método, una historiografía o una hermenéutica independientes del psicoanálisis freudiano” (44). Nuestra hipótesis es tributaria de este doble vínculo devenido indecible, acreditado, con anterioridad, por el joven Freud: “la postulación de un método interpretativo basado en lo secundario, en los datos marginales considerados reveladores” (Ginzburg 143).

En términos funcionales el índice conjuga acoplamiento, juntura por fuera del idealismo y de las ciencias de la naturaleza. Hace parte de un horizonte de signos en el que “se perfila un nuevo mapa de lo propio sin propiedad” (Kristeva 6). Emplaza, por otra parte, un suplemento de origen mantenido a distancia, subrogado, latente pero sin menoscabo de su existencia real. Un índice puede manifestar estados oscilantes del hablante, todo aquello confirma su vigencia con ocasión de una escucha afín con el psicoanálisis y lo fuerza de manera inapelable: “los postulados del psicoanálisis no tienen un estatuto metodológico trascendental porque surgen de la escucha de un discurso que es el fundamento de sus teoremas” (García 29). Se trata, sin lugar a dudas, de una “experiencia extraña” (Blanchot 17), donde resuena la historia individual del origen oído por medio de los intersticios del lenguaje. El forzamiento lógico del lenguaje constituye una ideología en la que subyacen unas propiedades, todas ellas se comprueban como conjeturas simples con base en “la materialidad de los fenómenos y sobre los procesos que a priori se suponen allí posibles o imposibles” (Milner 177).

Freud vacila frente al origen. Si bien conecta “los acontecimientos de la primera infancia con el comportamiento del adulto” (Albérès 64), lo hace “valiéndose de una hipótesis misteriosa y mítica que se desplegaba bajo la conciencia” (64). Es preciso recordarlo, “el psicoanálisis cobra vuelo en el antiguo lugar de los exorcistas y de los poseídos, de los magnetizadores y los médiums” (Bercherie 446). Y, por extensión, vacila frente a la historia, sin embargo, ello no autoriza –como lo hará el formalismo de la posteridad– a subsumirla en la lógica del fantasma. Freud recurre a la metáfora a objeto de explicarse: “efectivamente hubo una fotografía, pero el revelado tuvo lugar más tarde” (Lacue-Labarthe 93). No importa qué tan decidida sea la adhesión a una verdad objetiva, es la experiencia clínica la que interroga la vertiente histórica del psicoanálisis. Tratándose del relato del pasado, el psicoanálisis subvierte el orden tradicional del tiempo toda vez que reconoce, ahora, una causalidad verificable tras el acaecer inconsciente: “la estructura de la acción retardada” (Forrester 16) –*Nachträglichkeit*, *après coup*, según se utilice por Freud o Lacan–. Así, “para Freud el texto literario es un pretexto. El texto del psicoanálisis es la clínica. Todo lo demás son aplicaciones” (Rey 145). En este correlato, dos respuestas tentativas rivalizan entre sí. *i*) Aquella que orienta todo su esfuerzo a la prescindencia del relato histórico, en el entendido que solo bajo el dominio de la distancia, el legado de Freud habrá de concitar plausibilidad lógica. *ii*) La que, en sentido contrario, reconoce en el psicoanálisis una vocación transformadora de la tarea del historiador,

toda vez que demanda un esfuerzo adicional: la disposición del archivo y su desciframiento, el concepto de verdad histórica y, más allá, la estructura de la ciencia en general.

El problema de la *verificación* no ha dejado de acosar al psicoanálisis cuanto dicha exigencia proviene de una objetividad con pretensiones fundantes. Es sabido, sin embargo, que el trabajo del analista se distingue de cualquier otra disciplina: opera sobre lo que el sujeto *dice*. Todo el proceso analítico estará mediado por el lenguaje. Parte importante de este debate es tributario de la lingüística saussurreana. En este contexto, Benveniste mantiene el interés para quien se plantee el estatuto epistemológico del psicoanálisis: a tal interés se orienta su metodología. Es sabido que en esto la ciencia aventaja al psicoanálisis: la escritura de carácter científico se divorcia sin demasiados titubeos del nombre del autor: todavía más, está obligada a hacerlo si quiere consumir el rito de la objetividad. Benveniste en sus "Observaciones sobre la función del lenguaje en el descubrimiento freudiano", recorre el mismo camino pero en dirección contraria, "quien desee discernir los procedimientos de razonamiento sobre los que descansa el método analítico desemboca en una verificación singular" (75) –dirá en 1966–. De acuerdo con lo anterior, las dificultades con que tropieza el intérprete en muy raras ocasiones son suscitadas por los pasajes o las palabras que, por sí mismos, por su complejidad o su carácter ambiguo, constituirían un problema en sí mismo. Por el contrario, lo que la mayoría de las veces hace dudar al analista es aquello que para el paciente resulta obvio pues se impone en él como una evidencia enraizada tanto en su lengua materna como en la base de su raciocinio. La distancia entre las dos lenguas, el encuentro con una dificultad de traducción –operación que siempre supone una pérdida– contribuye a poner de manifiesto la presencia de un punto sensible y señala una zona particularmente investida, cargada de sentido dentro del universo personal del analista.

Lo que el psicoanálisis y el método tienen en común puede deberse al ejercicio de traducción que opera en ambos. Trátese de transferencias, de injertos, de desplazamientos de una lengua a otra, en virtud de las cuales la lengua traductora se deja modificar por la lengua traducida y donde el acervo conceptual heredado de la metafísica permite, no sin resistencia, ser transformado. Dicho proceso reclama un cierto *desapego* frente a las consignas metodológicas de la investigación, no obstante se aboca a la tarea de recorrer las relaciones entre los elementos que configuran el semblante de lo real. El oportunismo del método radica, consecuentemente, en la elección de los pasos particulares que se encuentran reticulados de antemano por un saber que los anticipa. Bajo este expediente, los recursos metodológicos se alinean en beneficio de un texto donde el psicoanálisis es forzado a mostrar la monumentalidad de sus cláusulas fundacionales, de aquello que constituye el carácter trascendental de los enunciados que esgrime. En esta coyuntura, el psicoanálisis defrauda lo que vendría a ser el imperio del sentido común y con ello establece un vínculo exuberante con el método. En el mejor de los casos, aunque los conceptos freudianos sean tomados del linaje metafísico, se verificaría una nueva emergencia: el placer puede ser vivenciado como padecimiento, el inconsciente parasita la conciencia, el sujeto se encabestra al objeto, el retraso es originante, el origen es un suplemento.

Si quiere ser rigurosa –la traducción– en todos los casos, ha de ser literal. “La polémica viene de lejos” (Etcheverry 1), se la reconoce en “Sobre la versión castellana” que hace parte de las *Obras Completas* de Sigmund Freud. Visto lo anterior, esta es nuestra hipótesis restringida: con anterioridad a la primera edición realizada por Amorrortu, los dichos de Freud se encuentran asidos por un hilván institucional que le infiere cumplimiento y verificabilidad. Esto quiere decir que el *corpus psicoanalítico* obedece a un orden según el cual el autor se mantendría a expensas de la historia que lo consigna. En el protocolo de toda institución que exhiba pretensiones positivas es necesario que la firma de su autor se halle desprendida a objeto de establecer un vínculo distendido con la vivencia subjetiva; se trata del desasimiento de aquello que el propio Freud en “Esquema del psicoanálisis” señala como “término que no decide por sí si eso vivido fue un acontecimiento real” (Etcheverry 39). El *retorno a Freud* consignado por Lacan constituye la piedra angular de este problema.

De manera análoga, como si se tratase de una declinación filosófica decorosa, el método aparecerá frecuentemente contradicho por revisionismos de distinto signo. Esta es la razón que persuade a Freud para asignarle un lugar a cierto pensamiento en tanto objeto de examen de sus signos constituyentes y, bajo este hábito, disponerse a la problematización que trae consigo el trabajo sobre los conceptos. Las cosas así, todo concepto llega a un mundo colonizado –dígase de las aporías de la interpretación como las expone Susan Sontag en su doctrina estética (*Contra la interpretación*)– donde se vuelve relevante el acto reflexivo que encarna.

Lo que parece estar en juego, y sigue pendiente hasta hoy, es la posibilidad de saber a ciencia cierta si el método participa de las transformaciones comunicadas por el psicoanálisis. Por esta vía es legítimo preguntarse qué porvenir está reservado para la obra freudiana. Es improbable que una experiencia como esta obedezca a postulados devenidos normales, por la sencilla razón que la teoría psicoanalítica constituye, toda ella, un signo que expresa *algo*, nada impide considerar su ampliación como un movimiento sujeto al tiempo de la escucha. En resumen, derivar el sentido del análisis hacia las posibilidades de la expresión y, de paso, exponer que el lenguaje ha perdido sus prerrogativas universales comporta la proximidad formal de un signo a otro.

Asido al ceremonial historicista, el método enajena su contingencia a cambio de convertirse en la autorreferencia más alusiva del presente. Así, el movimiento metodológico se aboca a la tarea de replegar sobre su propia representación, una y otra vez, la divisa de la estabilidad. Desconocer la propia contingencia, diversificar las aproximaciones a una realidad definitiva constituye, por tanto, la consigna que consuma la ilusión del conocimiento. Todas sus proposiciones culminan *i)* en la revelación de una proximidad conculcada por el tributo crepuscular de lo inmediato; *ii)* en el acabado de una alternativa que hace frente a la emergencia del pasado; *iii)* en el establecimiento de lo nuevo como atributo incondicional de su existencia.

El método hace que el acontecimiento psíquico se altere porque es poco probable que al evocarlo se pueda acceder al instante exacto de su llegada,



como tampoco es muy seguro que el paciente, por disciplinado que crea ser, establezca un vínculo ordenado con la cronología de su paso. No puede existir el justo medio entre dos estrategias tan opuestas debido a que no existe alguna semejanza entre ellas. Entre Freud y el método científico no comparece un paso del que pueda emanar un derecho de servidumbre. Por tanto, hacer del presente la colisión entre dos facciones antagónicas constituye el ardid cuyo semblante se tramita en dependencia de su propia inmunidad: *i)* resistiendo la normalización teórica en beneficio de las hipótesis de la incertidumbre encabestradas a las viejas virtudes de la enseñanza o del vínculo transferencial cuya cifra permanece confundida, no obstante, con el sosiego de lo establecido; *ii)* en el empeño sistemático por aferrarse a un mínimo de reglas variable que cautele la invención y favorezca los acuerdos. No existe una buena manera en el engendramiento del método, sino el aguijón de la existencia que convierte el caos en un objeto que se apresta a entregar peso, color y luz a la representación.

